

OSSIP K. FLECHTHEIM

## LA POLÍTICA COMO CIENCIA \*

### I

*Settembrini sonrió... "Astucia inútil, ingeniero. Nos amparamos a la política, sin reservas, abiertamente. Consideramos como inexistente el carácter odioso que a los ojos de algunos tontos —se encuentran en su tierra, ingeniero, y casi en ninguna otra parte— reviste esta palabra y este título..."*

THOMAS MANN: *La montaña mágica.*

No sólo medio siglo y todo un océano, sino también el estilo y una actitud fundamental separan a George Bernard Shaw de Ralph Waldo Emerson. Sin embargo, ambos, tanto el poeta y filósofo trascendentalista, nacido hasta hace 150 años, cuanto el recién fallecido dramaturgo y panfletista, afirman la ciencia de la política. Efectivamente, según Emerson, ésta constituye "la mayor ciencia al servicio de la humanidad"; para Shaw, "la única ciencia mediante la cual puede salvarse la civilización". Aun en aquellos lugares en que se considera a la ciencia política con un escepticismo algo mayor, se encuentra a la política como centro de todos los intereses. El círculo de relaciones humanas y de la conducta ideológica, el campo de procesos psicológicos e instituciones sociales que comprende la política, ha

\* Conferencia sustentada con motivo del cuarto aniversario de la Deutsche Hochschule für Politik, el 16 de enero de 1953, en Berlín.

sido discutido repetidas veces por jóvenes y viejos —quizá con la misma frecuencia que el tiempo y con el mismo apasionamiento que el amor. Y ello a pesar de la opinión de que la política arruina el carácter, y “¡una canción sucia! ¡Ay! ¡Una canción política!” Pero aun aquellos que se sienten atraídos por la política se preguntan con frecuencia si ésta se deja representar y enseñar en forma científica. Así, pese a que la Escuela Superior Alemana de Política publicó, en 1930, con motivo de su décimo aniversario, una memoria llamada *La política como ciencia*, Karl Mannheim<sup>1</sup> todavía pudo, en aquel entonces, afirmar que “la política como ciencia en su forma original, no puede tener cabida en nuestra estructura de la ciencia y contradice nuestra concepción de ella”. Y en nuestros días, todavía, se dejan oír voces en Alemania que consideran como imposible un tratamiento científico de la política.

Por lo tanto, preguntémosnos primero cómo se considera a la ciencia política en los Estados Unidos, el lugar de nacimiento de la *Political Science*. Extraordinariamente, también allá todavía no hay unanimidad sobre el concepto y el carácter de esta disciplina.<sup>2</sup> Los científicos de la política norteamericanos se asemejan en esto, de hecho, a aquellos teólogos quienes, estando profundamente convencidos de que su Dios existe en alguna forma, en algún lugar, en alguna época, no pueden, sin embargo, definirlo. En efecto, ni siquiera han podido ponerse de acuerdo en aquel país con respecto a un nombre único para nuestra profesión. Se habla, por cierto, con frecuencia, de *Political Science*, pero además también de *Politics* y *Government*, correspondiendo este último término, aproximadamente, al concepto alemán de doctrina del Estado, o ciencia del Estado. No hace mucho, además, el presidente de la Universidad de Harvard, A. L. Lowell, todavía pudo burlarse, diciendo que mientras la ciencia política careciese todavía de una terminología especial, que fuera ininteligible hasta para el lego culto, le faltaba el primer requisito para ser una verdadera ciencia. Por cierto que esta “falla” está en vías de la desaparición ya que hoy día muchos

<sup>1</sup> Karl Mannheim: *Ideologie und Utopie*, 3a. edición, Frankfurt/Main, 1952, p. 143. (Hay edición en español).

<sup>2</sup> Explica Hermann Heller en *Political Science*, en la representativa *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Tomo 12, p. 207 (Nueva York, 1934): “It would be impossible, however, to formulate any precise definition of either the content or the method of this peculiarly comprehensive discipline.” Véase también Ossip K. Fleckheim (editor): *Fundamentals of Political Science*, Nueva York, 1952, p. 3, y Alfred de Grazia: *The Elements of Political Science*, Nueva York, 1952, p. 4.

colegas de la profesión se esfuerzan por expresar las verdades más anodinas mediante complicadas fórmulas matemáticas.<sup>3</sup> Sin embargo, ya no se duda hoy día en los Estados Unidos de la existencia y la importancia de la ciencia política, que ya crece, florece y se desarrolla allá desde hace varias décadas como materia independiente de investigación y de enseñanza.<sup>4</sup>

En las páginas que siguen, antes de determinar hasta qué grado podrá considerarse a la política de por sí como un objeto adecuado para la ciencia, daremos a conocer primero, brevemente, algunas de sus características esenciales. En la segunda parte del estudio trataremos luego el problema de las características científicas de la política. Nos preguntaremos, especialmente, en qué forma se distingue la política como ciencia de la política como arte, cómo una distinción así influye en la enseñanza y en la investigación, y en qué consisten su problemática y su metodología particulares. Después de resumir las circunstancias históricas que han contribuido a la constitución de la nueva ciencia, discutiremos, finalmente, los supuestos políticos y la función política de la ciencia política.

¿En qué, pues, consiste la esencia de la "política", de lo "político", del "sistema político", de la "politeia" o la "polity"? Carl Schmitt<sup>5</sup> negaba la existencia de una ciencia autónoma de la política, pero afirmaba que era fácil definir a la política. En la realidad sucede lo contrario. La ciencia política se deja afirmar conceptualmente, pero, por otra parte, lo polifacético de lo político nos recuerda aquella hidra de nueve cabezas la cual sólo pudo ser vencida por un Hércules (y ¡Carl Schmitt fue todo menos un Hércules!). Por lo tanto, de los múltiples aspectos de lo político sólo es posible señalar los más importantes.

Si, con esta reserva, intentamos caracterizar brevemente la política, nos damos cuenta, inmediatamente, que lo político pertenece, hoy día, seguramente, a la esfera de este mundo y no a la del sagrado más allá. Está

<sup>3</sup> Típico de ello es, por ejemplo, el intento de cuantificar la teoría aristotélica de la revolución, según la cual, la separación del poder político y el económico favorecería el comienzo de una revolución. Como era de esperarse, este intento no contribuye nada para la determinación más exacta, cuantitativa de las relaciones entre la revolución y el poder. También ¿cómo es posible que un fenómeno tan complicado se reduzca a unos cuantos números? (Véase Fred Kort: "The Quantification of Aristoteles' Theory of Revolution", en *The American Political Science Review*, Tomo 46, 1952, págs. 486-493).

<sup>4</sup> Véase mi artículo "Political Science" en el *Diccionario de Sociología*, editado por Bernsdorf Bülow, de próxima publicación (Stuttgart, 1953).

<sup>5</sup> Carl Schmitt: *Der Begriff des Politischen*, Hamburg, 1933, p. 7.

orientado hacia el hoy y el mañana, y no hacia lo eterno y lo intemporal. En efecto, la relación con el tiempo es esencial para toda política. Ésta opera, en primera línea, en la actualidad. Todo político piensa, en primer lugar, en términos de años, el estadista piensa más allá en términos de décadas, y sólo un Hitler voló al “Imperio milenarior”! Es, sin embargo, una cosa si la política se aparta de la actualidad, y se orienta hacia el pasado, y otra si se orienta hacia el futuro. En una época dinámica está perdido irremediamente el pasado, por muy atractivo que haya sido, en tanto que el futuro exige inevitablemente sus derechos. Aunque la exigencia del futuro tenga hoy un peso totalmente distinto en la política que las demandas del pasado, queda siempre, sin embargo, el peligro de que la política se transforme ya en un absolutismo ideológico no crítico del *status quo*, ya en una hipóstasis utópica e ingenua del *statu quo ante* (¡quizá “La Edad de Oro”!) o del milenio. En una época tan dinámica como la nuestra, la política sólo puede tener éxito y ser creadora si toma al pasado y al presente como un camino al futuro, es decir, si los ve, aproximadamente, desde el punto de vista del “medio dinámico” de Mannheim.<sup>6</sup> Entonces no solamente no se quedará en un absolutismo ideológico de la Edad de Oro y del *statu quo*, sino también tratará críticamente a la utopía en toda su fertilidad y debilidad.<sup>7</sup> Porque su medida no puede ser solamente la posibilidad señalada por el pasado y el presente; debe incluir también el horizonte abierto del futuro. En efecto, es cierto “que no se hubiera alcanzado lo posible de no haberse querido alcanzar siempre, en el mundo, lo imposible”,<sup>8</sup> con lo cual debe reconocerse nuevamente que jamás podrá alcanzarse lo imposible, es decir, que tiene que permanecer una utopía. Si bien, por un lado, es típico para la política el constante vaivén entre un “realismo” miope y un “idealismo” soñador, también es cierto que existe siempre, por el otro, un esfuerzo por alcanzar una síntesis adecuada de realismo e idealismo, de lo posible y lo imposible, de lo medido y lo apasionado.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Mannheim: obra citada, pág. 165.

<sup>7</sup> Véase PAUL TILLICH: *Politishe Bedeutung der Utopie im Leben der Völker*, Berlín, 1951, pág. 52.

<sup>8</sup> MAX WEBER: “Politik als Beruf”, en *Gesammelte politische Schriften*, Maguncia, 1921, pág. 450 (edición en español: Revista de Ciencias Políticas y Sociales, Año V, Núms. 16 y 17, México, 1959).

<sup>9</sup> Para la historia del conflicto entre el idealismo y el realismo político, véase el brillante estudio de JOHN H. HERZ: *Political Realism and Political Idealism: A Study in Theories and Realities*, Chicago, 1951 y la clásica formulación concisa

Por lo demás, al tratar de lo político, pensamos automáticamente en una conducta pública y no privada. En tanto que la conducta privada se caracteriza por ser personal, exclusiva e íntima (un ejemplo elemental sería la relación entre dos amantes), la conducta política se caracteriza por ser representativa y más o menos oficial. Se refiere a lo público o al público (el *Public* de John Dewey)<sup>10</sup> El político es más abiertamente un cabecilla o un líder que el periodista, el abogado o el actor. La distinción entre la conducta lideril representativa o auto-responsable<sup>11</sup> es secundaria; lo importante es el elemento siempre presente de representación que sigue siendo válido aun en la alta política más personalista. De allá surge también la psicología especial del político, quien, aunque nunca haya subido a una tribuna, siempre aparece en las tablas de la vida pública caracterizando un papel determinado.

Además, el concepto "política" siempre implica diferencias de opinión y lucha de intereses. Carl Schmitt, por cierto, quiso reducir lo político a la lucha total contra el extraño y el enemigo absoluto, mediante su conocida caracterización de la relación política como una mera relación amigo-enemigo; pero con ello caracteriza, a lo sumo, el caso particular de la política totalitaria, que en realidad amenaza, en cualquier momento, con su transformación en guerra de exterminio. En la realidad es cierto que la política se basa en la contradicción, pero ésta puede ser relativa, e incluir el compromiso y la nivelación. En efecto, el arte del compromiso es típico para la política de las democracias. Si la guerra constituye la continuación de la política mediante otros medios, entonces ésta no termina en la conducción o la preparación de una guerra. "La guerra es, sin embargo, una parte de la política, y generales politiqueros han perdido más guerras que políticos a la cabeza de un ejército"<sup>12</sup> ¡a pesar de Hitler! La política está más emparentada, por ende, con el mundo civil que con el militar,

---

de la fuerza y la debilidad de ambos puntos de vista, en E. H. CARR: *The Twenty Years' Crisis*, 1939, reproducido en William Ebenstein (editor): *Man and the State*, Nueva York, 1947, págs. 620-630.

<sup>10</sup> JOHN DEWEY: *The Public and its Problems*, Nueva York, 1927, *passim* (hay edición en español); véase para el problema de la delimitación de lo privado y lo público también Otto Heinrich v. d. Gablentz: "Macht, Gestaltung und Recht - Die drei Wurzeln des politischen Denkens", en *Faktoren der Machtbildung*, Berlín, 1952, p. 146, y DE GRAZIA: obra citada, p. 7.

<sup>11</sup> WILHELM GLASSEN: *Einführung in die Politik*, Stuttgart-Düsseldorf, 1950, pág. 26.

<sup>12</sup> D. W. BROGAN: *Politische Kultur*, Nueva York, 1945, pág. 73.

y el científico que no se haya entregado a los respectivos gobernantes, sino que mire más bien al futuro, puede imaginarse un orden mundial en el cual se desconozcan las guerras, pero en que, sin embargo, la política juegue un papel considerable.

Al delimitar la política de la administración y del derecho, nos damos cuenta, inmediatamente, de que la política es mucho más elástica, multiforme, amorfa y de vida más corta que la administración y el derecho. El libre albedrío y la libre voluntad, la facilidad de maniobra, o hasta la arbitrariedad, pertenecen a la esencia de la política. La decisión política es exactamente lo contrario de la decisión matemática o lógica, que funciona *imperio rationis, sed non ratione imperii* (en tanto que la ley y el fallo judicial contienen también elementos lógicos, formales y constantes, como parte de un sistema normativo más amplio y universalmente válido, que generalmente faltan a lo político). La afirmación de Hobbes: *auctoritas non veritas facit legem* se refiere mucho más a la decisión política que a la ley jurídica. Schaeffle y Mannheim<sup>13</sup> tuvieron razón al señalar que en la administración se resuelven los casos que surgen de acuerdo con reglamentos establecidos previamente. Si la administración, considerada desde el punto de vista ideal, tiene que ver con el campo de lo estandarizado y estereotípico, la política, a su vez, tiene que ver con lo nuevo, con el devenir, con lo creador. Pero no debe considerarse como absoluta esta oposición teórica. Constantemente surgen en la política los principios de la administración, y por otra parte, en el campo de ésta, los aspectos políticos.

Finalmente, unas palabras todavía sobre la oposición entre los procesos y relaciones políticos, por un lado, y, por el otro, la dirección racional-técnico-funcional. Ilustremos el caso con un ejemplo. En el caso del director que dirige su orquesta, o del médico que da indicaciones a sus colaboradores o a sus pacientes, o del funcionario del departamento de sanidad, quien hace que el casero conecte el tubo de su drenaje con la tubería principal, o aun del policía, quien dirige el tráfico en las calles, se trata de una dirección racional, basada en reglas racional-técnicas. Aun allí en donde el líder hace las reglas o da "órdenes", éstas, según los Webb,<sup>14</sup> se reducen siempre a situaciones estrictamente delimitadas. Son desinteresadas y provienen de personas especialmente calificadas, desde el punto de vista profesional. Por lo tanto, en una relación de este tipo, no se trata tanto

<sup>13</sup> MANNHEIM: obra citada, pág. 98.

<sup>14</sup> SIDNEY Y BEATRICE WEBB: "The Decay of Capitalist Civilization", 1923, reproducido en Ebenstein, obra citada, pág. 113.

de la voluntad por el poder, cuanto del interés por la cosa. Una adecuada representación de la diferencia entre el poder político y la dirección funcional se encuentra en la primera escena de *La tempestad*, de Shakespeare.

Lo que hasta ahora hemos dicho nos indica ya que lo típicamente político se distingue del derecho, de la administración y de la dirección técnico-funcional principalmente por los elementos del poder y del dominio. En efecto, estos elementos se manifiestan tan fuertemente en la política que no se ha querido ver en ella más que esto. En nuestra opinión, sin embargo, ello es erróneo, por dos razones. En primer lugar, es evidente que el concepto de poder o de dominio es mucho más amplio para que sólo el científico de la política lo trate. El poder y el dominio constituyen fenómenos sociales generales que pertenecen al campo de trabajo de la sociología general. Hay que pensar solamente en el dominio de un esclavista sobre sus esclavos domésticos, o en el poder de un padre de familia. No es accidental que hasta ahora no se hayan considerado, por lo común, estas relaciones como manifestaciones típicamente políticas. Segunda objeción: en la política no se trata solamente de "aspirar a una parte del poder o a influir en la repartición del poder", sino también, en lo posible, como ya lo vio correctamente Max Weber,<sup>15</sup> de la realización de otros valores e ideales. Es cierto que frecuentemente se considera como meta final de la acción política el logro, la conservación o el fortalecimiento del poder. De hecho, la política puede ser meramente política de poder, o servir otras metas, muy emparentadas con el poder, tales como el dominio y la seguridad, el prestigio y la fama. Pero también puede lograr otras ventajas personales. Con su ayuda, por ejemplo, los gobernantes pueden explotar económicamente a las masas para beneficio propio o de otras capas privilegiadas. Pero, finalmente, puede también el poder servir ciertos ideales y valores, tales como, por ejemplo, el orden y la calma, la paz y el bienestar, la libertad, la igualdad y la hermandad. No es necesario decidir ahora si la multiplicidad de metas podrá colocarse sobre un común denominador. En este sentido, la concepción pluralista de un Max Weber o de un Kelsen contrasta con la concepción monista de un Platón o de un Bentham. Algunos monistas concederán, en la actualidad —una o dos generaciones después de Marx y de Freud—, que el intento platónico de postular como la meta más alta de toda política a la Justicia única, eterna e invariable, acarrea a veces, el peligro de la vaguedad y la confusión. Por otra parte, es posible que finalmente estemos en la posición de concretizar

<sup>15</sup> WEBER: obra citada, pág. 397.

el concepto de justicia para situaciones especiales en el tiempo y en el espacio, mediante medidas cuantitativas, tales, por ejemplo, como la curva de distribución.<sup>16</sup>

Vemos, pues, que la política no es idéntica al poder y el dominio. Y sin embargo constituye el poder, o más bien, una forma determinada de poder, el signo específico de toda política.<sup>17</sup> Distinguimos, entonces, en primer lugar, tautológicamente, esta forma del poder, el poder político, con el cual tiene que ver la ciencia política, de otras formas del poder. Poder político significa, entonces, tanto el campo de la política que cobra cuerpo en el Estado, cuanto también todo aquel campo del poder que rodea al Estado. Por lo tanto, sólo es posible entender el poder político y la política en rela-

<sup>16</sup> Las cifras a continuación muestran que aun en los países más ricos, en la actualidad, la distribución del ingreso no corresponde de ninguna manera a una curva de distribución normal: en los Estados Unidos, en 1949, el 18.5% de todos los que percibían ingresos, los tenían de menos de Dls. 1 000, el 45.9% tenían un ingreso de Dls. 1 000 a 2 500, el 33.3%, de Dls. 2 500 a 10 000, y solamente el 2.3% tenían ingresos mayores de Dls. 10 000 (*Statistical Abstract of the United States*, 1951, pág. 268). En Alemania la pirámide era aún más puntiaguda. Aquí, en 1936, 16.8 millones de personas (es decir, más de la mitad de todos aquellos que percibían ingresos) tenían un ingreso menor a 1 200 RM, 10.9 millones tenían un ingreso de 1 200 a 3 000 RM, y solamente 3.1 millones tenían un ingreso de 3 000 a 12 000 M, y 0.2 millones, un ingreso superior a 12 000 RM (*Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, 1941-42, pág. 606). Según las informaciones periodísticas, en la República Federal Alemana, en 1952, el 42% de todas las personas económicamente activas percibían menos de 250 DM mensuales, el 47% percibían entre 250 - 400 DM mensuales, y solamente el 11% tenían ingresos superiores a 400 DM mensuales. En países como Inglaterra, por cierto, existe una tendencia más fuerte hacia la conformidad de la distribución del ingreso con la curva normal de distribución. Así, en ese país, en 1952, solamente sesenta personas tenían todavía un ingreso libre de impuestos de más de 70 000 DM anuales (*Facts on File*, 1953, pág. 29 G). También el poder todavía se distribuye en forma piramidal. Esto hasta lo demuestra la imagen de R. M. MACIVER: *Regierung im Kräftefeld der Gesellschaft*, Frankfurt, s.f., pág. 97. MacIver, por cierto, se preocupa por diseñar la pirámide del poder, en la democracia, en forma más plana y más abierta de lo que corresponde a la realidad.

<sup>17</sup> Véase también HERMANN HELLER: *Staatslehre*, Leiden, 1934, pág. 22, y GEORGES BURDEAU: *Traité de science politique*, tomo I, París, 1949, pág. 13. La esencia y la forma del poder político son tratados más exhaustivamente en las obras de WIESER, MERRIAM, LASSWELL, RUSSELL, etc.; pero véase ahora también FRANZ L. NEUMANN: "Approaches to the Study of Political Power", en *Political Science Quarterly*, tomo 65, 1950, págs. 161-180, Flechthelm (editor): obra citada, págs. 26-52, y BURDEAU: obra citada, pág. 213.

ción con el concepto del Estado, definiendo el Estado simplemente, con Max Weber<sup>18</sup> como “aquella comunidad humana que exige para sí (con éxito) el monopolio de la fuerza física dentro de los límites de un determinado territorio”. Pero esto no quiere decir, de ninguna manera, que la política sea meramente idéntica a la vida estatal. En primer lugar, el Estado, particularmente en sus relaciones comunales, es hoy en día, más que nunca, una empresa institucional que desempeña también funciones meramente técnicas, culturales, científicas, es decir, no políticas (ejemplo: la administración de correos, la biblioteca estatal, inclusive muchas funciones de jurisdicción civil o voluntaria). Por otra parte, existe hoy día, en la época de creciente participación política de las masas, un amplio campo del poder, colocado alrededor del Estado, pero cuyas manifestaciones no pueden, de ninguna manera, considerarse como estatales. La agitación de un sindicato por obtener subsidios al precio del pan, la noticia del periódico *Düsseldorfer Nachrichten*, según la cual habrían sido asesinados “solamente” un millón de personas en los campos de concentración nazis,<sup>19</sup> inclusive la conducta del público de un cine que protesta por la película sobre Rommel, todos estos fenómenos no representan, ciertamente, actos del Estado, pero constituyen conducta política por excelencia. Cuándo deben considerarse estos actos de poder públicos, pero no estatales, como políticos, depende del grado en que influyen en el Estado.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> WEBER, obra citada, pág. 397.

<sup>19</sup> Los que operan con la cifra de un millón, sabrán mejor que ningunos, que se trata aquí de una típica mentira hitleriana. Sólo el número de judíos exterminados fue calculado recientemente por el Institute of Jewish Affairs en Nueva York, en 4.5 millones de adultos y 1.5 millones de niños. (*Die Neue Zeitung* del 19 de marzo de 1953). Hoess, el comandante del campo de Auschwitz (¿seguramente un testigo “intachable”?) señaló el número mínimo de tres millones de asesinados y fallecidos sólo en Auschwitz (véase *Internationaler Militärgerichtshof: Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher*, tomo 33, Nürnberg, 1949, pág. 276).

<sup>20</sup> Marx y Lenin criticaron el sufragio universal, considerando que sólo servía para “decidir una vez cada tres o seis años qué miembro de la clase dominante debía representar y oprimir al pueblo en el parlamento.” En contra de esto se afirma acertadamente, en la actualidad, que una votación sólo representa una mínima parte de la actividad política de los ciudadanos: “Citizens vote by adding their names and energies to membership rolls. They vote by swelling, or failing to swell, the circulations of particular newspapers or periodicals. They vote by contributing to the popularity of particular radio or newspaper commentators. They vote by writing ‘letters to the editor’. They vote much more potently than they know when they write or talk to members of legislative bodies and to administrative officials. They vote as they express themselves in labor unions, farm organizations, business and

## II

*Esta es la semejanza y la diferencia entre la historia y la política, tal como yo la entiendo. Ambas abarcan igualmente una ciencia y un arte. Según la ciencia, están íntimamente ligadas, aunque la primera abarque mayormente el pasado, y la otra mayormente el presente y el futuro.*

LEOPOLD VON RANKE

La ciencia o arte de la política se diferencia naturalmente de los problemas aquí expuestos, particularmente en lo que respecta al poder y el dominio en su relación con el estado. Pero no pretendemos frenar el caballo jalándole la cola, sino que queremos establecer primeramente si en este caso se trata de una verdadera ciencia. La política, ¿no es meramente un arte? En efecto, Bismarck hablaba de la política como el arte de lo posible, en tanto que según Buckle la política no sólo no constituye una ciencia, sino que se trata de una de las más atrasadas de todas las artes. Más adelante veremos que la política no se deja reducir a un arte. Pero primero debemos preguntarnos cuáles serían las consecuencias si la política fuera efectivamente sólo un arte, y quizás hasta un arte atrasado. ¿No requeriría precisamente un arte atrasado un cuidado especial? Debería tratarse como materia de enseñanza, pero sólo, naturalmente, en cuanto que sea posible transmitir la técnica de cualquier arte. Ernest Jäckh<sup>21</sup> dice: "El dominio de los medios y de los métodos de la política, el conocimiento de hechos, el conocimiento de ideas e intereses, de metas y medios, de formas y organizaciones, puede ser enseñado y aprendido, y todo ello constituye un conocimiento que requiere el político", y tanto más cuanto menos artista sea. Y las artes, ¿no se enseñan y se aprenden también, parcial-

---

professional bodies. They vote in every contribution they make to the climate of opinion in a thoroughly political society" (PAUL H. APPLEBY: *Policy and Administration*, pág. 168, citado en OLIVER GARCEAU: "Research in the Political Process", en *The American Political Science Review*, tomo 45, 1951, pág. 74).

<sup>21</sup> ERNST JÄCK y OTTO SUHR: *Geschichte der deutschen Hochschule für Politik*, Berlín, 1952, pág. 23.

mente, en forma escolar sistemática? ¿Es que no hay escuelas superiores de arte y de música? ¿Y a quién se le ocurriría pedir su desaparición porque no producen puros Rubens y Rembrandts, o porque no cuentan exclusivamente con Beethovens y Bruckners entre sus egresados? Es cierto que en sus formas más elevadas, la formación musical y artística se sustrae de la sistematización, de la enseñanza normativa, y aun en la actualidad es decisivo el estudio personal y la relación íntima entre maestro y alumno, hasta en el marco de una academia.<sup>22</sup> Pero ello nos confirma solamente que la enseñanza debe ser distinta, pero no de que sea imposible. Por ejemplo, el concepto de que no existe ninguna formación académica especial para el poeta,<sup>23</sup> ha sido negado por los recientes desarrollos en los Estados Unidos. Allí, los escritores y los poetas buscan iniciar, en las universidades, y no sin ciertos éxitos, a los estudiantes talentosos e interesados, en los secretos de la técnica (y sólo en ésta) de lo literario, y hasta de lo poético.

Aquellos que hablan gustosamente de la política como de un arte muy especial, piensan siempre, más o menos inconscientemente, en la gran "cabeza política" u hombre de estado, y se olvidan del "político profesional." Al mismo tiempo enfatizan que el político necesita un talento, inspiración o intuición muy especiales y únicos. Silone<sup>24</sup> dice: "El instinto político es una vocación del alma." Seguramente el político será tanto más notable cuanto mayor sea su dotación de esta vocación —para no hablar del factor tan importante, particularmente en la política, de la suerte. Pero lo mismo puede decirse con respecto al pintor y al conductor, al teólogo y al comerciante creador. Entonces, ¿por qué no puede rendir frutos aceptables un talento mediocre, en la política como en el arte, en la administración como en la vida de los negocios, con la ayuda de una buena preparación? ¿Y no existen hoy más que nunca posibilidades, en la política, para el parlamentario esforzado, aunque no genial, para el ordenado empleado de partido, para el diplomático trabajador, para el tipo, pues, cuyo talento no necesita ser mucho mayor que aquellos otros talentos naturales del artista o del músico mediocre? Es por ello que tampoco hay objeciones de principio en contra del establecimiento de, digamos, un "diploma en política", siempre que no se espere del diplomado en el campo de la vida

<sup>22</sup> THEODOR GEIGER: *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft*, Stuttgart, 1949, pág. 4.

<sup>23</sup> Obra citada, pág. 18.

<sup>24</sup> IGNAZIO SILONE: *Die Schule der Diktatoren*, Zürich, 1938, pág. 34 (Hay edición en español).

política ni más ni menos de lo que se espera, por ejemplo, en sus respectivos campos, del administrador de negocios titulado, del licenciado en teología, o del pintor. En efecto, en los Estados Unidos, las escuelas y departamentos de ciencias políticas no sólo preparan profesores de la ciencia política sino también políticos, y, en grado aún mayor, también burócratas y técnicos de administración (más adelante discutiremos el problema, que ahora se discute mucho en los Estados Unidos,<sup>25</sup> de hasta qué grado la ciencia política contribuye también más allá a la formación política del ciudadano). La relación entre ciencia política y ciencia administrativa no está, por cierto, todavía aclarada totalmente, pero el hecho de que también en Alemania algunos institutos de enseñanza y de investigación de la política se dediquen a las ciencias administrativas, sólo puede tener resultados positivos para ambas disciplinas.

Pero, ¿es válida la proposición de que la política sea un arte? Desde luego salta a la vista que el político tiene que ver con material distinto al del artista. Éste trabaja con cosas y formas, aquél con seres y grupos humanos. Además, la práctica política muestra algunos rasgos esenciales de una ciencia aplicada. La política, que está ligada al proceso social,<sup>26</sup> interviene también en el proceso de la civilización, en tanto que el arte pertenece por entero al proceso cultural. El hombre busca en el arte la realización y la expresión, la liberación o el olvido de sí mismo; en la política y a través de ella quiere, ante todo, ordenar y dominar la sociedad, la cultura y la naturaleza. El arte, por lo tanto, enfoca ante todo el sujeto, y la política, al contrario, el objeto. Así, se encuentra mayormente determinada por lo exterior, en particular lo histórico-social. En la política resalta mucho más que

<sup>25</sup> Desgraciadamente, la discusión no está exenta de cierta confusión. Aquellos que, como Franz Neumann, pugnan por una diferenciación tajante entre ciencia política y educación política, entienden por "educación política" solamente la educación ciudadana del nacionalismo y del conformismo. Naturalmente, una educación así es inaceptable para la ciencia política. Pero en contraposición a la indocctrinación y la propaganda se antoja también pensar en una educación política del ciudadano mundial crítico y no conformista, y del "ciudadano de aquel mundo que vendrá." Y la ciencia y la enseñanza política, a través de su búsqueda de la verdad, ¿no podrán cuando menos indirectamente, contribuir a esta forma de educación política?

<sup>26</sup> ALFRED WEBER: "Prinzipielle zur Kulturzoologie", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, tomo 47, 1920-21, pág. 9. CRANE BRINTON: *Ideas and Men*, Nueva York, 1950, pág. 12, contrasta, por cierto, duramente, la ciencia acumulativa con las "artes" no acumulativas, pero enfatiza, asimismo, que las ciencias sociales tienen "an accumulated body of knowledge."

en el arte lo acumulativo-cualitativo, y todo lo que es recto y enfocado hacia una meta. Fuera de lo irracional del poder y del dominio juegan un papel en la política las formas y los principios de organización racionales. De ahí que en 1787, en el Siglo de la Ilustración, Alexander Hamilton<sup>27</sup> pudiera hablar orgullosamente del reconocimiento de los principios políticos, que todavía eran desconocidos en la antigüedad. La división y distribución de poderes, los balances y contrapesos legislativos, el establecimiento de tribunales independientes, la representación del pueblo por parlamentarios elegidos y, en forma importante, el estado federativo, le parecieron ser los descubrimientos más importantes de la ciencia política, en la nueva época. Y si pensamos que a partir de entonces se han desarrollado, no sin cierta participación de la teoría, el sistema parlamentario de gabinetes, el partido político, el derecho de voto proporcional, los plebiscitos, los referenda y los retiros, el sistema de funcionarios profesionales o *merit system*, y las encuestas estadísticas sobre la opinión pública, entonces veremos en la política no tanto un arte como una ciencia aplicada en desarrollo. Por eso la práctica política nos parece, a pesar de todo, aspirar en algunas ocasiones a la objetividad y la exactitud tan típicas de la tecnología, aunque, vista como un todo, no podrá liberarse totalmente de aquella subjetividad y variedad tan típicas de las artes. Es indudable que en la actualidad la práctica o la empírica política no puede ser tan exacta como la técnica o siquiera la medicina<sup>28</sup> —como tampoco puede compararse la ciencia política pura ni con la física ni con la astronomía.

¿Podrá, sin embargo, considerarse a la ciencia política como una ciencia pura? Junto a las artes, la música, la teología práctica, existen también la historia del arte, la ciencia de la música, la teología sistemática. En forma semejante, de hecho, puede también comprenderse objetiva, sistemática y teóricamente el “arte” de la política, es decir, la política práctica o empírica. Porque se puede describir esta práctica política, analizarla, clasificarla, compararla, y de vez en cuando comprenderla causal, funcional y hasta cuantitativamente, algunas veces hasta “verla en conjunto” como una “síntesis dinámico-relativa.”<sup>29</sup>

Naturalmente, frente a las ciencias de la naturaleza, la ciencia política se encuentra en desventaja en cuanto que no se deja representar con faci-

<sup>27</sup> HAMILTON, MADISON y JAY: *The Federalist*, ed. Max Beloff, Oxford, 1948, No. 9, pág. 37 (Hay edición en español).

<sup>28</sup> MACIVER: obra citada, pág. 15.

<sup>29</sup> MANNHEIM: Obra citada, pág. 132.

lidad en forma cuantitativa y exacta. Es cierto que se puede describir objetivamente y sin prejuicios ciertos hechos y sucesos aislados, concretos, o se pueden derivar convincentemente ciertas reglas lógicas. Además se pueden seleccionar y representar objetivamente relaciones causales o estructuras relacionadas que sean relativamente sencillas y se repitan con frecuencia. Por otra parte, empero, el análisis de relaciones y estructuras complicadas adquiere generalmente un color personal y subjetivo, y con frecuencia es dudoso el significado de las metas finales y de los valores últimos. Aun allí donde los hombres parecen hablar el mismo idioma, se interpretan a menudo en forma totalmente distinta los conceptos abstractos tales como la felicidad y la justicia, la libertad y la igualdad, la paz y la democracia. Por lo demás, en la política juega un papel importante la calidad, y con frecuencia no es posible determinar en forma unívoca el paso de cantidad en calidad. Por ejemplo, ¿cuándo deja de ser democrático un sistema, y dónde y cuándo comienza la dictadura? O imagínese, para citar un ejemplo de Bertrand Russell,<sup>30</sup> que un hombre de ciencia afirme que un cuarto con temperatura media se encuentra excesivamente caliente o frío; el termómetro en la pared desmentiría su afirmación. Los termómetros que deberían medir las temperaturas políticas con la misma finalidad, escasean notoriamente. Es, además, muy difícil aislar unívocamente las manifestaciones políticas. Con frecuencia no pueden ser captadas por los sentidos. Sólo en raras ocasiones puede trabajarse con experimentos. Puesto que los fenómenos políticos no se repiten invariables (al menos habrá cambiado ya, por lo común, la situación general) sólo rara vez se pueden formular leyes válidas para todos los tiempos. Desde que el hombre investiga el agua siempre ha sido H<sub>2</sub>O. Pero las revoluciones o las guerras van y vienen y jamás vuelven en su forma original. Compárese la revolución francesa de 1789 con la revolución rusa de 1917, o las dos guerras mundiales. Así, muchas manifestaciones políticas son, en cierta forma —a veces en forma determinante— manifestaciones únicas y multiformes. En comparación con la molécula más complicada, la formación más efímera o localizada de un partido o de una elección, es tremendamente enredada.

La situación se dificulta por el hecho de que en una disciplina tan joven como la ciencia política, todavía no disponemos de ese grado de división del trabajo y especialización tan típicas, desde hace tiempo, de las ciencias naturales. En éstas, la investigación surge de las necesidades prácticas, es

<sup>30</sup> BERTRAND RUSSELL: *Icarus of the Future of Science*, Nueva York, 1924, pág. 24.

tomada por la ciencia aplicada y es encauzada hacia la ciencia pura. Ésta entonces, elabora el resultado mediante los métodos científicos por ella elaborados. La mayoría de las veces, los métodos y los resultados son aceptados por la ciencia aplicada y por la práctica diaria sin reservas. Por contra, no es tan neta en lo que se refiere a la ciencia política, la división entre ciencia aplicada y pura, empírica y sistemática, práctica y teórica. Generalmente, las mismas personas en las mismas instituciones se dedican tanto a la ciencia política pura como a la aplicada. Además de esto, por lo general, el político práctico se preocupa bien poco por el método científico y por sus consecuentes resultados. Tampoco se le ocurre presentar sus problemas prácticos al político científico para su solución. Al contrario, su objetivo, generalmente, consiste en hacer que el científico de la política propague sus metas y valores (las del político) y difame las de su contrario.

Toca a la ciencia política luchar contra estos intentos. No puede abandonar los valores y las metas políticas, sino que una de sus finalidades principales consiste precisamente en la discusión de los grandes valores. Es cierto que la relación de los valores entre sí no siempre adopta una forma caótica. Pese a todas las contradicciones y todas las antinomias rige, entre ellos, en ocasiones, el orden y el sistema. En parte, tales grupos de valores señalan estructuras jerárquicas. Así podrán establecerse ciertas relaciones, en situaciones concretas, entre la paz, la libertad y el poder. Por otra parte, la esencia misma de los valores políticos hace que se excluyan y luchen entre sí. La justicia y la felicidad, la libertad y la igualdad, la seguridad y el progreso, se enfrentan siempre como posibles metas e ideales, entre las cuales no se puede tomar decisiones cualitativas o cuantitativas puramente científicas o basadas en principios. No es extraño, entonces, que hasta el científico de la política tenga la tendencia a tomar partido. Como hombre y ciudadano tiene obligación de identificarse, más o menos, con una ideología, es decir, con un grupo de valores, y de enfrentarse a otros valores. Pero aun en aquellos casos en que no se trata de tomar una decisión con respecto a valores o grupos de valores últimos y en conflicto, sino solamente de determinar si ciertas manifestaciones políticas —factores, sistemas y movimientos— corresponden o contradicen ciertos valores, y en qué forma, también en estos casos faltan con frecuencia verdaderas medidas objetivas, principalmente cuantitativas. ¿Cómo contestar a la pregunta si el grado de seguridad o igualdad es mayor o menor en el sistema nacional-socialista que en el sistema bolchevique? ¿O existe una contestación científicamente válida acerca de si la democracia presidencial de los Estados

Unidos es más estable y más capaz que el sistema parlamentario de Inglaterra o Francia, o los distintos sistemas gubernamentales de Suiza o de la República Federal Alemana? Todas las valoraciones de esta índole están siempre influidas más o menos por el punto de vista de quien las juzgue. Sus sentimientos y emociones, sus simpatías y antipatías, sus esperanzas y decepciones pueden fácilmente influir en la selección y la distribución valorativa de los factores decisivos, y pueden modificar su sistema de valores y hasta las categorías de su pensamiento.<sup>31</sup> Así vemos que en la ciencia política, aun cuando no se trata de valores últimos, con frecuencia se confunden hecho y valor, y están inseparablemente unidos el hecho y la norma.

Naturalmente, las valoraciones últimas del individuo con respecto a toda la ciencia —y por lo tanto también con respecto a la ciencia política— representan algo ya dado, que no puede fundamentarse desde un punto de vista puramente científico. Ninguna ciencia puede ordenar al individuo que deba vivir porque la vida es un valor mayor que la muerte (¡especialmente porque no existe la vida sin la muerte, y cuando mucho puede posponerse ésta!).

La ciencia política, por lo tanto, no establece ningún imperativo categórico. Claro que presupone que aquel que se dedique a ella esté convencido del valor de la verdad científica, es decir, que para él la ciencia misma represente un valor básico.<sup>32</sup> Pero como ciencia no puede comprobar que el hombre o la humanidad deba hacer o dejar de hacer esto o aquello en el presente y para el eterno porvenir. No tiene solución científica al problema de por qué debe vivir la humanidad, o siquiera cierto pueblo o cierto grupo, por qué la paz es en todas partes preferible a la guerra, por qué la libertad es siempre mejor que la no libertad, etc. Precisamente, estas preguntas no pueden ser contestadas por la ciencia polí-

<sup>31</sup> Se ha afirmado con razón que Mannheim solamente vio, en nuestro pensamiento estático, las barreras negativas, pero no la base positiva.

<sup>32</sup> Véase recientemente también A. R. L. GURLAND: "Politische Wirklichkeit und politische Wissenschaft", en *Faktoren der Machtbildung*, Berlín, 1952, pág. 33. Gurland, por cierto, se expresa en forma errónea cuando dice que es "un deber lógico, no moral", el que "obliga a la decisión política." En primer lugar, no existe "la decisión política", sino una serie de decisiones políticas. La decisión por la "Libertad", enfatizada por él, no es una decisión meramente lógica, puesto que la palabra "Libertad" constituye un concepto tan variado. Más unívoca, desde el punto de vista lógico, es la decisión por la verdad. Pero de esta decisión se deriva lógicamente, cuando mucho, la lucha por aquel mínimo de libertad sin el cual no puede pensarse en una verdad científica.

tica en forma categórica, general y abstracta. En el mejor de los casos puede fundamentar hipóticamente que, si una nación o grupo quiere vivir, debe realizar esta o aquella política, en este momento y en este lugar, que en una situación dada, esta o aquella política económica o sistema mundial constituye el medio adecuado para obtener la paz, o, a la inversa, para preparar la guerra. La ciencia política, por tanto, sólo puede, en lo general, establecer normas de conducta para situaciones concretas y limitadas. Así, puede decir a la persona o a la organización correspondiente: si tu meta es A, entonces, hoy y aquí (y en ciertas circunstancias también mañana y allá, pero muy raras veces siempre y en todas partes) los pasos a tomar para llegar hacia A son B, C y D (o E, F y G), y las medidas a evitar son X, Y y Z. Dentro de este marco, por tanto, la ciencia política puede esclarecer el camino de la decisión a la meta, señalar los medios más adecuados para obtener determinados fines, pesar las posibilidades de éxito de las diversas formas de comportamiento, y calcular el precio que casi siempre debe pagarse por el éxito.

En la ciencia política se encuentran con frecuencia indisolublemente unidos el hecho y el valor, y resulta, por tanto, más difícil, a menudo, comprender cuantitativamente las relaciones, los procesos y las tendencias de los hechos, que en las ciencias naturales. Pero, por otra parte, pueden comprenderse más objetivamente las formas de conducta normativas y las relaciones valorativas de determinada situación, que en la filosofía, que esencialmente tiene que ver con valores abstractos últimos. Entonces, si bien el dato, en la ciencia política, no siempre se establece en forma tan objetiva como se quisiera, tampoco las relaciones valorativas, por otra parte, son siempre tan subjetivas y problemáticas como era de temerse. Por tanto, para el científico de la política, la libertad valorativa significa, por lo pronto, el intento de separar siempre en forma precisa el hecho objetivo del juicio de valor subjetivo, y el tener plena conciencia del grado y del por qué de su valoración. Si acaso emite algún juicio de valor, entonces lo admitirá abiertamente. A medida que valore, serán sus normas tanto más adecuadas, cuanto más se pueda liberar de resentimientos, afectos, complejos y neurosis meramente personales. El progreso de la psicología en la actualidad, particularmente de la psicología profunda, ha contribuido a la ampliación del conocimiento acerca de uno mismo y acerca de los límites de lo normal y de lo enfermizo.

Dentro de este nuevo marco se ampliará, por un lado, la visión del investigador por la orientación hacia las grandes tradiciones valorativas de la

humanidad, los sistemas éticos de las diversas culturas y movimientos de la historia; por la otra, será posible una posición valorativa más amplia debido a la preocupación con todo lo nuevo y lo revolucionario, con los no conformistas y los “espíritus libres.” En una situación histórica dada la pertenencia a un campo político cegará, con frecuencia, al científico, en tanto que, por el contrario, su identificación con otro campo, interesado exclusivamente en la verdad, ampliará su horizonte. Finalmente, aun en las épocas de valoraciones contradictorias, es asombroso el grado de unanimidad con respecto al rechazo de ciertos pseudo-valores o falta de valores. Así, en la actualidad, hasta las corrientes más opuestas concuerdan, cuando menos oficialmente hacia el exterior, en la valoración negativa del engaño y de la crueldad. Aun los stalinistas y los nazis nunca admiten muchos de sus propios métodos de dominación —los campos de exterminio y de trabajos forzados, las torturas de la policía secreta y las comedias de los procesos públicos. Hasta el análisis totalmente científico de este tipo de fenómenos, que señala también, entre otras cosas, la condenación de los mismos por parte de la ideología oficial de los correspondientes sistemas, está teóricamente libre de valores, pero es al mismo tiempo de una eficacia práctico-política enorme. Aquí tenemos que el valor básico de la ciencia, a saber, su veracidad, produce directamente su función social, es decir, la lucha contra una falsedad y crueldad que es, en el verdadero sentido de la palabra, indescriptible. En esencia, la mentira que puede practicarse solamente en tanto se presente como verdad, y en la actualidad es característica esencial del terror el que, en parte, debe permanecer secreto.

No es extraño, pues, que las dificultades innatas al problema de los valores se reflejen también en la metodología de nuestra ciencia. A pesar de que hace ya mucho tiempo existe la preocupación por los problemas metodológicos, queda todavía bastante por aclarar. Ya en 1876 podía Bluntschli<sup>33</sup> partir de la base de que el pensamiento político está “orientado preferentemente hacia la diferenciación orgánica, el juicio de fuerzas, el cálculo de medios, la observación psicológica y su influencia sobre los hombres, y el reconocimiento del desarrollo y la realización natural de las relaciones humanas.” En 1948 se estableció en una conferencia internacional, que trataba de los métodos de la ciencia política, que el método jurídico, histórico, filosófico, sociológico, psicológico y estadístico habían sido aplicados con éxito.<sup>34</sup> La poca claridad del concepto “método” se advierte ya

<sup>33</sup> J. C. BLUNTSCHLI: *Politik als Wissenschaft*, Stuttgart, 1876, pág. 6.

<sup>34</sup> WILLIAM EBENSTEIN: “Towards International Collaboration in Political Science”,

a través del índice alfabético de la obra *Contemporary Political Science*, en la cual se enumeran no menos de cuarenta y seis métodos, comenzando por el "método analítico" y terminando con el "método teológico." Del "método político" propiamente habla sólo el argentino Dana Montano, quien lo caracteriza como "crítico o analítico, pensado constructivamente, normativo."<sup>35</sup> En una selección bibliográfica *raisonnée*<sup>36</sup> de los métodos y las técnicas de la investigación de la conducta política, que se encuentra adjunta al programa de un seminario organizado en el verano de 1951 en Chicago por varias universidades, se mencionan títulos que se refieren al método científico de la ciencia política en general, al análisis de documentos, a la investigación de instituciones y de la comunidad (*community*) y a la interpretación y análisis, es decir, a los métodos tradicionales. Pero también nos encontramos con trabajos que tratan de los métodos más recientes de la observación participante (*participant observation*), de la técnica de la entrevista (con sus apartados: cuestionario, encuesta [*survey*], entrevistas intensivas), y del experimento. Bajo el último punto se incluyeron cinco títulos, entre los cuales se menciona el trabajo vanguardista de Gosnell, que en 1924-25 dividió en dos grupos iguales a seis mil ciudadanos de la ciudad de Chicago, de los cuales sólo uno recibió envíos de propaganda electoral, con el resultado de que, de este grupo, se registraron el 75% y votaron el 57%, en tanto que las cifras del grupo no trabajado fueron respectivamente de 65% y 47%. También se menciona el experimento realizado en 1939 por Lewin, Lippitt y White, quienes dividieron a los estudiantes de una escuela de Long Island en dos grupos, de los cuales uno recibió educación y tratamiento democráticos, en tanto que en el otro se emplearon métodos nazis. Mencionamos estos experimentos, porque justamente señalan, metodológicamente, una importante posibilidad de desarrollo, aunque lo científico de una ciencia no depende de la posibilidad del procedimiento experimental, y pese a que conocemos lo dudoso de un experimento en que los sujetos del mismo deben ser protegidos contra ciertos daños y no pueden tampoco ser tratados en la misma forma que cosas

---

en *The American Political Science Review*, tomo 42, 1948, pág. 1186. Para el problema de la metodología de la ciencia política, véase también J. W. GARNER: *Political Science and Government*, Nueva York, 1935, págs. 18-27, y F. G. WILSON: *The Elements of Modern Politics*, Nueva York, 1936, pág. 43.

<sup>35</sup> UNESCO: *Contemporary Political Science: A Survey of Methods, Research and Training*, París, 1950, pág. 204.

<sup>36</sup> "Research in Political Behavior", en *The American Political Science Review*, tomo 46, 1952, págs. 1033-1045.

o animales. Muchos de los mencionados métodos muestran, sin embargo, que la ciencia política debe trabajar con el material contemporáneo en forma totalmente distinta que, por ejemplo, la historia; una obligación que no sólo debería tomarse como un impedimento sino también como un privilegio. ¿Qué no daría el historiador de la antigüedad por visitar, aunque fuera durante un día solamente, el Foro en época de César, y entrevistar a los quirites?

La confusión babilónica que reina en el campo de la metodología no impide que los investigadores apliquen métodos empíricos. Para ilustrar, servirán algunos trabajos emprendidos en Europa y América. Aquí en Berlín, el Instituto de Ciencia Política intentó una historia y análisis de las elecciones berlinesas del 3 de diciembre de 1950, en su primera publicación, *Lucha electoral y cambio de poderes*.<sup>37</sup> Stephanie Münke en colaboración con el doctor Gurland y un equipo de colaboradores, y con un aparato de investigación basado en la ciencia, intentaron, en casi 300 páginas, “investigar cosas cuyo juicio hasta ahora habíase dejado al instinto de los políticos y a la acuciosidad de los periodistas.” Es una pregunta abierta si se ha logrado ya definitivamente someter a los diversos fenómenos “a un tratamiento sintetizante, en última instancia, bajo un aspecto determinado, el del poder político”. En todo caso, este análisis ha aportado material valioso que es difícil encontrar en la demás literatura, por ejemplo, sobre la composición de los miembros y líderes de los partidos, con relación a los cambios de opinión (como también lo han aportado las investigaciones de Bracher sobre la desintegración de la República de Weimar, y la de Richert sobre el liderazgo totalitario, publicadas en el tomo segundo de las ediciones del Instituto;<sup>38</sup> siendo la primera, en parte, una continuación de algunos trabajos sobre la época de Weimar).<sup>39</sup> El hecho de que también aquí quede

<sup>37</sup> STEPHANIE MÜNKE: “Wahlkampf und Machtverschiebung”, *Schriften des Instituts für Politische Wissenschaft*, tomo I, Berlín, 1952.

<sup>38</sup> K. D. BRACHER: “Auflösung einer Demokratie”, en *Faktoren der Machtbildung* (ed. A. R. L. Gurland), *Schriften des Instituts für Politische Wissenschaft*, tomo 2, Berlín, 1952, pág. 39, y ERNST RICHERT: “Aus der Praxis totalitärer Lankung”, misma obra, pág. 162.

<sup>39</sup> Como ejemplos tenemos: RUDOLF HEBERLE: *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany*, Baton Rouge, 1945; J. K. POLLOCK: “An Areal Study of the German Electorate, 1930-1933”, en *The American Political Science Review*, tomo 38, 1944, págs. 89-95; C. P. LOOMIS y A. BEEGLE: “The Spread of German Nazism in Rural Areas”, en *The American Sociological Review*, tomo 2, 1946, núm. 6; OSSIP K. FLECHTHEIM: *Die KPD in der Weimarer Republik*, Offenbach, 1948, pág. 210.

algo por hacer, se advierte ya en que también el análisis electoral berlinés informa algunas cosas interesantes sobre el papel del sindicato y de la iglesia en la lucha electoral, pero nada, por el contrario, salvo una excepción, sobre las asociaciones patronales o las organizaciones populares. Tampoco se tomaron en consideración los factores socio-psicológicos.

La importancia que para la ciencia política pueden tener las pesquisas socio-psicológicas, basadas en parte en la psicología profunda, se ha mostrado desde hace tiempo en los Estados Unidos.<sup>40</sup> En Europa, son de particular interés las conclusiones de una comisión de psiquiatras y psicólogos, integrada ya en el año de 1945, por el ministro de justicia noruego, cuyo propósito era el examen de 60 000 partidarios de Quisling.<sup>41</sup> Ello fue tanto más factible en Noruega, porque allí funcionaba desde 1926 un fichero central de todas las instituciones y clínicas neurológicas que tabulaba estadísticamente todos los casos de primer ingreso. La investigación de la comisión encontró entre los "quislings", por cada 100 no-quislings: 107 esquizofrénicos, 128 maniaco-depresivos, 129 seniles y arterioscleróticos, 133 psicóticos alcohólicos, 154 epilépticos, 258 psicóticos con inferioridad psicopática constitucional, entre los cuales había principalmente elementos histéricos y paranoides, y también verdaderos paranoides. Se concluyó, con base en esto, que el partido de Quisling estaba compuesto, en más del 50%, por individuos enfermos mentales. Una nueva investigación de 400 personas, entre las cuales había 173 soldados del frente, es decir, participantes activos en las actividades guerreras del lado de las tropas alemanas, mostró una incidencia neurótica elevada entre el 28.3% de los investigados. Aparte de cierto balance intelectual, se encontraron entre los investigados trastornos emocionales en un 63%, en donde por cierto, deberán considerarse también las experiencias sufridas en el frente y en la prisión. Sólo el 49.61% mostró un cociente de inteligencia medio de 90-100.

De la cantidad de investigaciones colectivas empíricas que se realizan en los Estados Unidos, tomemos aquí solamente como ejemplo bien típico

<sup>40</sup> Marcan el camino aquí las obras de HAROLD D. LASSWELL, ABRAHAM KARDINER, ERICH FROMM, T. W. ADORNO, GEOFFREY GORER, DINKO TOMASIC, entre otros (véase la rica visión panorámica de ELSE FRENKEL-BRUNSWICK: "Interaction of Psychological and Sociological Factors in Political Behavior", en *The American Political Science Review*, tomo 46, 1952, págs. 44-65).

<sup>41</sup> Véanse los informes de G. BLOCH, sobre el octavo congreso de psiquiatras escandinavos en *Zentralblatt für die gesamte Neurologie und Psychiatrie*, tomo 105, 1948, págs. 307 y 502, y los comentarios de VIKTOR E. FRANKL: *Die Psychotherapie im Alltag*, Berlin-Zehlendorf, 1952, pág. 21.

el proyecto del ya mencionado seminario de Chicago en 1951. En él se mencionaron con bastante exactitud las bases, las características y los posibles resultados de tres proyectos de investigación. Se trata de realizar el análisis, mediante la observación sistemática de individuos y grupos en ciudades seleccionadas, del problema de cómo las constituciones administrativas, puestas en práctica ya en 1 100 comunidades, influyen en el comportamiento político, es decir, particularmente en la organización local de partidos, en la participación política y la conducta electoral, en la posición de los grupos de intereses y en la práctica administrativa de los funcionarios de la comunidad. Además, se estudiará en una gran ciudad, con ayuda de la observación directa de la participación política, con combinaciones estadísticas, con muestras, etc., la participación en el proceso político, para contribuir a la solución del problema de la influencia de los grupos sobre la actividad política. Finalmente, mediante la recolección de material documental, las entrevistas intensivas, las muestras representativas, en los círculos electorales, los análisis de contenido y los juicios de los grupos (*panels*), será aclarado, por parte de observadores especializados, el papel de los líderes del partido en el Congreso, y así será esclarecida la relación de la dirección nacional de los partidos con las organizaciones electorales. Investigaciones como éstas son típicas de la orientación actual de la ciencia política, cuyos intereses de investigación se distinguen, en efecto, bastante de la orientación tradicional de otras disciplinas.

Con esto nos encontramos en el problema difícil de la relación entre la ciencia política y otras ramas del saber. ¿Por qué, podría uno preguntarse, la doctrina del Estado <sup>42</sup> en Alemania, en las últimas décadas, no ha realizado muchas de las tareas de la ciencia política, puesto que la política y el Estado están íntimamente relacionados? No lo ha hecho, principalmente porque la doctrina del Estado veía en el Estado solamente una formación rígida. Constituía, para ella, solamente un "organismo" o "mecanismo", una institución o asociación. Le parecía una totalidad de leyes y reglas, mitos e ideologías (en forma semejante, en América, la ciencia política al

<sup>42</sup> Para la relación entre doctrina del Estado y ciencia política, véase, por un lado: HELLER: obra citada, págs. 3 y 51, y por el otro: MARTIN DRATH: "Zur Sociallehre und Rechtslehre vom Staat, ihren Gebieten und Methoden", en *Festgabe für Rudolf Smend: Rechtsprobleme in Staat und Kirche*, Göttingen, 1952, pág. 41. Mucha luz sobre el fracaso de la doctrina del estado proporciona el comentario de Drath, según el cual no aparece en la obra *Allgemeine Staatslehre*, de Georg Jellinek, el concepto imperialismo, a pesar de haber sido escrita en la época del imperialismo.

principio, bajo la influencia de los historiadores y los juristas, se concentraba también en la descripción, tabulación y clasificación de leyes y constituciones, instituciones e ideologías). En la medida en que la ciencia política se ha orientado en años recientes hacia el análisis funcional de los procesos, las relaciones y las situaciones políticas, se ha acercado a la sociología, en tanto que antes era difícil distinguirla de la jurisprudencia y la historia. Hoy podría decirse casi que la ciencia política se encuentra en parte identificada con la sociología política.<sup>43</sup> Aquélla, sin embargo, procede, en parte, en forma más descriptiva y menos teórica que la sociología, y recuerda por tanto, mayormente la sociografía y la historiografía que la sociología teórica o filosofía de la historia. Además, entra también parcialmente en el campo de la psicología, historia, geografía, etc. En efecto, siempre han sido importantes para el político determinados conocimientos. La religión y el derecho, la historia y la geografía interesaban a los gobernantes y los líderes, a los sacerdotes y los funcionarios, ya en una época en que casi no existía la política y la ciencia social en el actual sentido de la palabra. La historia de las ideas, la psicología de las masas, es decir, en resumen, las ciencias de la sociedad, proporcionan hoy día conocimientos reales que el político puede utilizar. Por cierto que estas disciplinas, como ya lo hacía notar acertadamente Mannheim,<sup>44</sup> no constituyen en su totalidad la ciencia política, pese a que antiguamente estas ciencias auxiliares del político eran con frecuencia consideradas también como “ciencias políticas” (*sciences politiques*). Sólo en los casos en que la selección y el tratamiento del material se hace efectivamente desde el punto de vista de la política y bajo el énfasis especial del momento político, puede llegarse en el mejor de los casos a una comprensión enciclopédica, que ya contiene elementos de una verdadera síntesis, y representa, por lo tanto, una entrada a la ciencia política. Un buen ejemplo de una penetración bien lograda que supera la simple enumeración, lo ofrece el libro de fuentes, *Roots of Political Behavior*, (Nueva York, 1949), editado por R. C. Snyder y H. H. Wilson.

Se ha afirmado con frecuencia que la ciencia verdadera tiene por tarea

<sup>43</sup> Véase para lo que sigue también OTTO STAMMER: “Herrschaftsordnung und Gesellschaftsstruktur - Erkenntnisobjekt und Aufgaben der politischen Soziologie”, en *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft*, 71. año, 1951, pág. 257.

<sup>44</sup> MANNHEIM: obra citada, pág. 97.

el esclarecimiento del futuro, más allá del presente.<sup>45</sup> La predicción de un eclipse solar, que pudo hacer Tales, el “padre de la astronomía griega”, en el año 585 a. C., con base en cálculos astronómicos de Babilonia, representa, sin duda, una piedra miliaria, en el desarrollo de la ciencia. Por otra parte, existen, inclusive, las ciencias exactas, como las matemáticas, en que el tiempo, y por tanto, la predicción, no juegan papel alguno. Pero para las ciencias sociales, que buscan comprender la dinámica histórica, constituye la predicción un punto clave de su madurez. La estadística demográfica se encuentra actualmente en la posibilidad de calcular, con bastante exactitud, los movimientos de población durante los próximos diez años. La economía nacional e industrial no solamente anticipa las leyes generales del desarrollo de la economía para los próximos meses y años, sino también las coyunturas concretas futuras de determinadas economías nacionales y de ciertas ramas de la economía. El hecho de que ya se llegue paulatinamente a la posición de poder prever el desarrollo integral de las economías nacionales, lo demuestran ya publicaciones tales como *The Economics of 1960*, de Colin Clark, o *The American Economy in 1960*, de Gerhard Colm.

La paradoja de la política consiste en que, por una parte, los acontecimientos políticos que son, como sabemos, complicados, difícilmente pueden predecirse, pero que, por la otra, la actividad política, como actividad que tiene un fin, se encuentra orientada hacia el futuro. Por lo tanto, tiene la ciencia política un interés aún mayor en el futuro que, digamos, la historia, y se preocupa tanto más por superar las dificultades metodológicas. Es obvio que ciertos hechos políticos pueden preverse con facilidad. ¿No pueden calcularse de antemano las deudas o los presupuestos del año siguiente? ¿No sabemos ya desde ahora algunas cosas acerca de la estructura y la política del próximo parlamento, aunque los resultados electorales de 1953 sean todavía, en parte, desconocidos? ¿No tendrán los Estados Unidos, en años próximos, cuarenta y nueve, o hasta un máximo de cincuenta estados, en vez de cuarenta y ocho? ¿No aumentará en el futuro también el núme-

<sup>45</sup> Para el problema del pronóstico en general, véase también OSSIP K. FLECHTHEIM: “Teaching the Future”, en *The Journal of Higher Education*, tomo 16, 1945, págs. 460-465, como también “Futurology: The New Science?”, en *Forum*, tomo 111, 1949, págs. 206 y 271, y “Futurology: The Science of Probability”, en *The Midwest Journal*, tomo 2, 1949-50, págs. 18-28; para los métodos de la predicción, véase especialmente SAMUEL A. STOFFER y otros: *Measurement and Prediction*, Princeton, 1950, particularmente págs. 473 y 573.

ro de repúblicas, de las cuales sólo había tres en Europa en 1914, a costa de las monarquías? O, para tomar un tema más complicado, ¿no podría calcularse la posibilidad de que un negro o una mujer ocupasen el puesto de magistrado en la Suprema Corte de los Estados Unidos y la fecha en que esto ocurriese? La técnica de los pronósticos electorales ha hecho grandes progresos en años recientes, precisamente en los Estados Unidos; los fracasos de las encuestas de la opinión pública en 1948, con respecto a la elección de Truman no modifican, en principio, nada, particularmente dado que en las elecciones últimas todos los institutos anticiparon cuando menos una mayoría relativa de los votos para Eisenhower.<sup>46</sup>

Generalmente es más difícil predecir tendencias en la política mundial que en los procesos políticos internos de países estables, en constante desarrollo, tales como Suiza o Inglaterra. La política mundial siempre ha sido más dinámica y más incalculable. Casi todos los siglos sufren sus "revoluciones diplomáticas." Pese a ello, ha sido más que mera suerte o coincidencia el que los conocedores de la política, de la historia y de la economía hayan podido predecir con certeza ciertos desarrollos decisivos, e inclusive, algunas veces, las coyunturas y explosiones críticas de la política internacional. Así, por ejemplo, pudo Federico Engels predecir la primera guerra mundial en la forma siguiente: guerra de trincheras indecisa durante tres o cuatro años en el Occidente, victoria de los ejércitos alemanes en el Oriente, revolución en Petersburgo, destrucción de Europa debido a ocho o diez, hasta quince o veinte millones de soldados. Y un H. G. Wells pudo predecir, ya desde el año de 1933, el inicio de la segunda Guerra Mundial, casi al mes, y declarar que su origen sería un conflicto entre el Tercer Reich y Polonia sobre la ciudad libre de Danzig.<sup>47</sup> Toda una serie de otros

<sup>46</sup> En tanto que Eisenhower obtuvo alrededor del 55% de todos los votos y Stevenson el 45%, los diversos pronósticos eran como sigue: Gallup, 47.5% para Eisenhower, 39.5% para Stevenson, 13% indecisos. Crossley: 47.4%, 42.3% y 9.9%, respectivamente. Elmo Rooper: 42%, 39%, 19%. Princeton Research Service: 50.8%, 48.8%, 4%. (*Facts on File*, 1952, pág. 351 D). Anteriormente, y con mayor éxito, Louis H. Bean había predicho tanto la reelección de Roosevelt en 1944, como también la de Truman en 1948. Las limitaciones de los pronósticos electorales son tratados en A. R. L. GURLAND: "Amerikanische Wahlanalysen", en *Faktoren der Machtbildung*, pág. 196 y C. A. MOSER en *Manchester Guardian Weekly*, 5 de marzo de 1953, pág. 4

<sup>47</sup> Los pronósticos de ENGELS se encuentran en parte en su introducción a *La Guerra Civil en Francia* (MARX-ENGELS: *Ausgewählte Schriften*, Tomo 1, Berlin 1951, pág. 447), y en parte en BRUNO CURTH: *Freiheit - Zeugnisse aus der Deuts-*

pronósticos importantes se encuentran en una conferencia que sustentó Herbert A. L. Fischer<sup>48</sup> en 1918 sobre el tema de las profecías políticas.

Como lo ha visto acertadamente Grabowsky,<sup>49</sup> la ciencia política puede realizar hoy día pronósticos a un grado que era imposible anteriormente. Ciertamente es que la política se encuentra en la actualidad más dinámica que nunca, pero el número de posibles líneas de desarrollo se ha reducido. Deberá agregarse que la experiencia se ha acumulado durante un período importante de tiempo y que somos capaces ahora de darle un tratamiento metodológico más seguro. A pesar de todo, en la política no sólo muy pocas veces puede predecirse el futuro con seguridad, sino las más de las veces con mayor o menor probabilidad, aun en aquellos casos en que se pretende incluir en los cálculos también el comportamiento subjetivo de las personas participantes. Por eso, el pronóstico no destruye tampoco la libertad de acción de aquellos que se dedican a la ciencia, sino solamente delimita con mayor claridad el campo posible de la libre decisión.

### III

*What's in a name? That which we call a rose  
By any other name would smell as sweet.*

SHAKESPEARE: *Romeo and Juliet*.

Finalmente, resulta ser cuestión de definiciones si hemos de llamar a una disciplina arte o ciencia. Si se define a la ciencia como "la suma de conocimientos coordinados hacia un objeto específico", entonces nuestra disciplina puede fácilmente considerarse como ciencia. Si, al contrario, defini-

---

*chen Geschichte*, Berlín, 1946, pág. 168; en parte los reconstruí de mi memoria. La profecía de Wells se encuentra en H. G. WELLS: *The Shape of Things to Come*, Londres, 1933, pág. 156.

<sup>48</sup> "Political Prophecies" de Fischer se reproduce en MORGENTHAU y THOMPSON (eds.): *Principles and Problems of International Politics*. Nueva York, 1950. págs. 4 - 18. PAUL H. APPLEBY: "Political Science, the Next Twenty-Five Years", en *The American Political Science Review*, tomo 44, 1950, pág. 924, es un trabajo demasiado vago.

<sup>49</sup> ADOLF GRABOWSKY: *Politik im Grundriss*, Freiburg i. B. Frankfurt a.M., 1952, pág. 105.

mos a la ciencia solamente como “el conocimiento que está sujeto a verificación mediante la observación exacta y el pensamiento lógico,”<sup>50</sup> entonces todo depende del grado de exactitud de la observación y del pensamiento lógico que se postule. Se trata, pues, aquí, no tanto de la naturaleza del sujeto de la investigación como de la adecuación de los métodos de investigación. Hemos visto con el ejemplo de algunos trabajos empíricos cómo se aplican los métodos adecuados para nuestra disciplina, aun cuando no siempre sean autóctonos, en una combinación apropiada para nuestra rama del saber, y cómo hacen posible cuando menos un mínimo de objetividad. Hemos intentado, además, la delimitación del campo de investigación de la ciencia política. Estamos finalmente capacitados para definirla como aquella rama especial de las ciencias sociales que investiga en forma objetivo-crítica tanto el Estado, en su calidad de institución del poder y de organización de dominio, como también todas las relaciones, procesos y formaciones de dominación, es decir, la actividad de dominación individual y colectiva, siempre que aquéllos y ésta se relacionen más o menos directamente con el Estado. Esta definición señala un justo medio que evita tanto el Escila de un “imperialismo” sin límites, que pretende establecer el monopolio de la ciencia política sobre todas las ciencias sociales<sup>51</sup> —; toda la vida social y pública tiene que ver en última instancia, en alguna forma u otra, con el Estado!— como también el Caribdis de un estrecho “aislacionismo”, que reduciría a la ciencia política a una mera doctrina del Estado.<sup>52</sup> Pero una conceptualización tan elástico-dinámica, con su concepto flexible del “más o menos inmediato”, no ata las manos del investigador de antemano. En la medida en que solamente limita el campo nuclear, pero al mismo tiempo señala un campo exterior, que puede extenderse mayor o menormente, busca hacer justicia a la siempre cambiante realidad histórico-social, a una realidad que en gran medida determina también la naturaleza y el alcance de nuestro campo de trabajo.

<sup>50</sup> UNESCO: obra citada, pág. 3; véase también KARL PEARSON: *The Grammar of Science*, tercera edición, 1911, citado en EDWARD McCHESNEY SAIT: *Political Institutions*, Nueva York, 1938, pág. 38, y De GRAZIA: obra citada, pág. 7.

<sup>51</sup> Como, por ejemplo, GEORGE CATLIN: *The Story of the Political Philosophers*, Londres, 1939, pág. 3, o BURDEAU: obra citada, pág. 7.

<sup>52</sup> Como, por ejemplo, GRABOWSKY: obra citada, pág. 32, y también *Die Politik - ihre Elemente und ihre Probleme*, Zürich, 1948, pág. 1; DOLF STERNBERGER: “Begriff der Politik als Wissenschaft”, en *Synopsis - Festgabe für Alfred Weber*, Heidelberg, 1948, pág. 688, o RAYMOND G. GETTELL: *Political Science*, Boston, 1933, pág. 3.

El origen mismo de toda ciencia depende no solamente del reconocimiento respectivo, sino también de la realidad histórico-social. Una nueva rama del saber no surge, como Palas Atenea, totalmente pertrechada de la cabeza de Zeus. Así también tiene la ciencia política su pasado, y su desarrollo a partir de la ideología y la utopía hasta la ciencia ha sido todo, menos unilineal. La secularización y la cientifización de las ideas, mitos y concepciones tradicionales-religiosas, constituye, precisamente en el campo de lo político y lo social, un proceso largo, que constantemente es interrumpido por retrocesos míticos-irracionales. Desde el principio tuvo que ver también el pensamiento político con un acopio prehistórico “de lo que hoy llamaríamos tonterías,”<sup>53</sup> y los velos ideológicos y las distorsiones utópicas debilitan constantemente la comprensión llanamente científica de los fenómenos políticos. Así, ya los llamados padres (sería mejor decir abuelos o remotos antepasados) de la ciencia política —Platón y Aristóteles— no solamente tuvieron percepciones científicas geniales, sino también, respectivamente, negaron utópicamente y glorificaron ideológicamente el *statu quo*. Mientras que en la unidad entera de la polis griega la llamada ciencia política abarcaba la totalidad de la sociología, no podía hablarse de ninguna manera de una verdadera ciencia política en la Edad Media feudal-cristiana, ya que la vida pública no se encontraba lo suficientemente diferenciada, ni la división del trabajo de la ciencia había evolucionado lo suficiente, ni la política se interpretaba mundanamente. Sólo en la cultura universalizante del Renacimiento se encuentran los comienzos de una verdadera ciencia política autónoma, que había de servir como arma a los principios y a la burguesía aliada a ellos, en la lucha contra el emperador y la aristocracia y clero feudales. No es, pues, coincidencia, que la expresión técnica *science politique* haya sido empleada por primera vez en 1576 por Bodin, quien era al mismo tiempo jurista de la Corona, del rey francés y representante del Tercer Estado.<sup>54</sup> Y sin embargo, la visión del hombre en que Maquiavelo, el más científico de los “politicólogos” renacentistas, basaba sus investigaciones, era, en forma no histórica y no científica, unilateralmente pesimista. En todo caso, varios siglos después, Alexander Hamilton podía afirmar, con cierta verdad, que “la ciencia política, igual que la mayoría de las demás ciencias, ha mejorado mucho.”<sup>55</sup> El concepto de la ciencia política

<sup>53</sup> FEDERICO ENGELS: “Carta a Schmidt”, en MARX Y ENGELS: *Ausgewählte Schriften*, Tomo 2, Berlín, 1952, pág. 465.

<sup>54</sup> CATLIN: obra citada, pág. 206.

no fue precisado más sino hasta los comienzos del siglo de la ciencia, y justamente por el antiguo anarquista Godwin y el fundador del utilitarismo, Bentham.<sup>56</sup>

En los Estados Unidos y en Europa Occidental se cristalizó entonces, de la masa de ciencias sociales, una nueva rama del saber, que había de ser ya no solamente una ciencia auxiliar para el práctico político, sino que había de analizar teóricamente la esencia y las formas aparentes de la política. Esto tuvo lugar en la medida en que, por una parte, se democratizaba la política misma, es decir, se transformaba de un asunto de los gobernantes, el clero y la aristocracia, en una cosa de la burguesía culta, y finalmente también de las masas amplias y en que por la otra, la ciencia se infiltraba siempre más en la cultura y la sociedad total, y por lo tanto, se especializaba siempre en forma mayor. También en la comunidad de lengua alemana, la ciencia política, a veces bajo el nombre de ciencia del Estado, había sido postergada hasta bien entrado el siglo XIX.<sup>57</sup> Pero, cuando la burguesía prescindió de una solución democrática del problema alemán, y prefirió, en vez de ello, la "revolución desde arriba" "nacional-liberal" de Bismark, que inauguró el imperio conservador-imperialista de los Hohenzollern, entonces, después de 1871, las ciencias del Estado se transformaron cada vez más en meras ciencias auxiliares para los juristas y los funcionarios administrativos del Estado autoritario. Ciertamente es que un Max Weber, un Hermann Heller o un Karl Mannheim continuaron las grandes tradiciones del tratamiento científico de la política, pero la masa de juristas, filósofos, historiadores y economistas sólo trataban las cuestiones nucleares de la política en forma marginal. Así, pues, ya desde antes de 1918, el peso de la investigación política se había trasladado a los Estados Unidos, y solamente después de 1945 se comenzó nuevamente en Alemania a interesarse por la ciencia política.

<sup>56</sup> HAMILTON, MADISON y JAY: obra citada, Núm. 9, pág. 37. Véase también el comentario de MADISON en su testamento, en donde expresa la esperanza de que la publicación de sus apuntes sobre el congreso constituyente de 1787 "will be particularly gratifying . . . to all who take an interest in the progress of political science and the course of true liberty." (Citado aquí según la excelente introducción de Max Beloff, obra citada, pág. xxvi, nota 1).

<sup>56</sup> CATLIN: obra citada, pág. 366.

<sup>57</sup> WALTER HALLSTEIN: "Festrede", en *Wissenschaft und Politik, Frankfurter Universitätsreden*, Cuaderno Núm. 1, 1948, pág. 15, y FRANZ NEUMANN: *Die Wissenschaft der Politik in der Demokratie*, Berlín, 1950, pág. 5.

Así como Engels señalaba que en la época de la burguesía la teología pierde su posición clave ante la jurisprudencia, así vemos en la actualidad, al finalizar la época burguesa, cómo, por una parte, la concepción jurídico-normativo-formal es transformada siempre mayormente por otra histórico-sociológico-psicológica, es decir, sociológico-culturológica, y cómo, al mismo tiempo, hay nuevos mitos, las llamadas religiones seculares, que constantemente ponen en duda, de nuevo, en forma radical, el progreso racional-científico de la civilización. En la época victoriana de la economía del *laissez-faire* y de la política del vigilante, la ciencia política todavía se encontraba a la sombra del derecho de la administración, de la familia y de la economía. A la inversa, en el estado totalitario, al menos visto desde una posición ideal-típica, todo, inclusive el arte y la ciencia, se considera con relación a la política, hasta llegar al año de 1984,<sup>59</sup> en que aun los sentimientos más íntimos de los amantes y los sueños más profundos de los niños se transformarían en objeto de la política estatal. Pese a que en el siglo pasado el objeto de nuestra ciencia se encontraba postergado, cuando menos en aquel entonces, había cierta libertad de investigación y enseñanza. Por otra parte, en una cultura total, plenamente politizada, no puede ya existir una verdadera ciencia política, a pesar de (o más bien, debido a) que aquí la política se ha vuelto ilimitada. La politización de la ciencia política atañe precisamente a ella, que vive y muere con la investigación objetiva y real del estado y del poder. Y es que la negación de la ciencia política como ciencia, al igual que la de la historia o de la sociología, en un estado totalitario, es una negación doble: en primer lugar, se convierte la ciencia política, sin ninguna consideración a la verdad, en un instrumento para influir en la opinión pública en beneficio de los intereses de poder de los gobernantes. Como instrumento de la propaganda, tendrá que glorificar siempre el sistema dominante del momento, como el único posible y verdadero, y señalar todas las desviaciones del mito del líder o de la línea general del partido, como obra diabólica de una conspiración judío-liberal-marxista o trotskista-cosmopolita-fascista. Pero además se le degradará al nivel de una ciencia secreta que sirve para la conservación y la ampliación del poder. Como *arcanum rei publicae*<sup>60</sup> debe servir a los go-

<sup>58</sup> En un artículo anónimo, "Juristen-Sozialismus", en *Die Neue Zeit*, Tomo 5, 1887, pág. 49.

<sup>59</sup> Pensamos aquí en GEORGE ORWELL: "1984, Rastatt," 1950. (Hay edición en español).

<sup>60</sup> Véase también IGNAZIO SILONE: obra citada, pág. 24. Éste se refiere a la paro-

bernantes. Así se hace siempre más estrecho el espacio de la república científica, dentro de cuyo marco los investigadores libres e iguales puedan escudriñar y discutir un problema político con espíritu fraternal, en tanto que el círculo diabólico de los súbditos obedientes, que han de memorizar y difundir las palabras enunciadas desde arriba, se extiende cada vez más. El valor de un Orwell consiste en haber iluminado precisamente esta situación, en forma intensa, en su conmovedora anti-utopía.<sup>61</sup>

¿Pero qué hay de la ciencia política en aquellos países que se antoja llamar sencillamente "las democracias" en contraposición a las dictaduras? Aquí se oponen las fuerzas más contradictorias, y chocan las tendencias

---

dia de Gustav Freytag, que todavía vale la pena leer en la actualidad, de una de las obras de la literatura de los arcanos, a saber, del folleto de 1678: *Idolum Principum*. (La representación de FREYTAG en: *Bilder aus der Deutschen Vergangenheit*, tomo 2, Berlín, s. f., KNAUR VERLAG, *Aus dem Jahrhundert des grossen Krieges: 7. Die Staatsraison und der einzelne*, pág. 338-343).

<sup>61</sup> El concepto de "anti-utopía" deberá servir aquí para la caracterización ideal típica de una sociedad y cultura total completamente politizada y deshumanizada. Se trata, al igual que con el concepto de la utopía, de un concepto limitante. Ambos conceptos no solamente reflejan las esperanzas y los ideales, las ansias y los temores de la humanidad en una época determinada, sino también la realidad social correspondiente. Cuanto mayor sea la necesidad del hombre, tanto más resplandeciente es la utopía, y cuanto más luminosa la utopía, tanto mayor será la decepción. Cuanto mayor sea el peligro de la decepción, tanto mayor es la tendencia hacia el engaño y el terror, es decir, tanto más oscura y cruel será la anti-utopía (véase para esto, por un lado, E. F. M. DURBIN: *The Politics of Democratic Socialism*, Londres, 1940, reproducido en EBENSTEIN: obra citada, pág. 458, y por el otro, TILICH: obra citada, pág. 57). Así en Orwell, la imagen ideal de la paz eterna se transforma en la guerra constante, el deseo del amor en realidad, de la crueldad, la aspiración de la verdad en la completa mentira; y el pecado mayor, el pecado en contra del espíritu de la veracidad, es decir, la mentira, es aquel que no solamente trueca verdad en mentira, sino también transforma el terror y la guerra en su contrario. Si bien al principio de la modernidad el humanismo se manifestó en la *Utopía* de TOMÁS MORO, así hoy, al finalizar esta época mundial, nos habla el nihilismo a través de la obra *1984* de ORWELL —involuntariamente, pero sí más auténticamente que en *Mi Lucha* de HITLER. La obra *1984* es tan conmovedora, porque se encuentra realmente libre de cualquier elemento humanístico, o siquiera humano, en tanto que rara vez las utopías se liberaban totalmente de la realidad momentánea del poder (para este aspecto véase bien: GERHARD MÖBUS: "Macht und Menschlichkeit in der Utopía des Thomas Morus", Berlín, 1953, *passim*). El cambio de la utopía de la humanidad a la anti-utopía del poder sólo se realiza totalmente en Dostoievsky y también, en forma distinta, en Aldous Huxley. En forma característica, se advierte un desarrollo semejante en el tema de Fausto, que también surge en el siglo XVI, y que sirve en la actualidad, en la obra *Doctor Fausto* de TOMÁS MANN, como símbolo

más distintas. El pluralismo tan típico de estas dinámicas democracias tiene por resultado el que la ciencia política tenga aquí grandes posibilidades, pero se encuentra expuesta, asimismo, a peligros especiales. Puesto que en estas sociedades se mantiene una tensión considerable entre el poder y la verdad, y puesto que existe, antes y después, un sector apolítico de la cultura, no puede hablarse de una simple igualdad de la ciencia política. En contraste con la sociedad liberal del primitivo capitalismo, surge la política plenamente en la democracia más tardía. Es cuando, para repetir la expresión de Napoleón, se transforma verdaderamente en destino. Las grandes organizaciones de intereses culturales y sociales están ahora todas orientadas hacia el Estado. En las democracias de nuestro siglo, el individuo ya puede hacerse oír casi solamente a través de los altoparlantes de las grandes organizaciones que se colocan entre el ciudadano y el gobierno. La ciencia se organiza visiblemente, y la ciencia organizada busca apoyarse en el Estado y en las diversas asociaciones e instituciones políticas. Pero cuanto mayor sea la extensión de la organización, tanto más fuerte será la posición de la burocracia. Michels, puede haber exagerado "las tendencias oligárquicas en la vida moderna"; pero no hay duda de que éstas existen y que precisamente amenazan con frecuencia la libertad y la independencia de la ciencia política. En la actualidad, además de la presión política interna, se tiene también el peligro político externo. En una época de guerras calientes y frías, hasta las democracias, en su competencia con los enemigos totalitarios, se ven obligados, cada vez con más fuerza, a adoptar métodos totalitarios. La preparación para la guerra pesa como una pesadilla sobre la libre investigación, hasta que el ruido de las armas de guerra termina por ahogar no solamente el canto de las musas, sino también las voces de la ciencia crítica.

¿No resulta, entonces, natural el que también en las democracias se exija siempre más abiertamente y con mayor insistencia que la ciencia política tome partido unívocamente, aun en épocas de paz? Su tarea sería la de propagar los valores democráticos, defender el *statu quo*, mantener la lealtad del ciudadano y glorificar a la nación. Estas exigencias demuestran, en primer lugar, la fuerza que hasta en las democracias tiene la posición

---

de la reacción nihilista en contra del humanismo de la Novena Sinfonía de Beethoven. Queda la ansiosa pregunta: El *Doctor Fausto* y 1984, ¿constituyen presagios del derrumbe total de la cultura moderna y del inicio de una nueva "época oscura", o sólo el agüero de una crisis, que, a manera de la del siglo xvi, podrá nuevamente superarse?

totalitaria, consciente o inconscientemente. Pero también pueden explicarse como reacción a la actividad tradicional de la ciencia. Ésta ha transformado, con demasiada frecuencia, la necesidad de una división del trabajo, en la virtud de la inutilidad. Demasiado fácil ha sido dejar al lado del camino los temas problemáticos y concentrarse en el tratamiento de cosas sin importancia. Si existía el arte por el arte, entonces también la ciencia sublime debía permanecer alejada de la praxis inmundada y servirse solamente a sí misma. El fruto de sus esfuerzos, según esta concepción, resultaría, por consecuencia, totalmente secundario. Si el científico aplica objetivamente los métodos científicos, entonces no es responsable de los resultados. En efecto, se pisa el terreno más seguro, si se trabaja en campos que nada tienen que ver con la lucha de las ideas y los intereses. Así se huye, placenteramente, al pasado: una investigación de la política exterior del nuevo reino egipcio lastimaría menos los sentimientos patrióticos de los conciudadanos que una clasificación de la diplomacia del Tercer Reich. O se vuela a la lejanía: los problemas políticos de la Costa de Oro son menos espinosos para un norteamericano que los de su Estado natal. Finalmente, es menos peligroso moverse en lo meramente técnico, con un estudio sobre los métodos valorativos de los departamentos de compras de las oficinas públicas, se producirá una reacción menor que con un análisis de la política de ocupación de los aliados a partir de 1945.<sup>62</sup> Al propagandista y el jurista deseamos contestar que la ciencia política que quiera seguir siendo ciencia, jamás debe transformarse en propaganda, ni siquiera en propaganda de los mejores valores de la humanidad. Podrá siempre “crear una nueva civilización política, pero nunca criar opinión política.”<sup>63</sup> Pero no por eso deberá perderse en banalidades. Es sumamente importante que escoja sus temas con sentido y responsabilidad. Sólo así puede servir, indirectamente, a toda la humanidad y no a una raza o religión, a una clase o nación, a un partido o movimiento. En la discusión sobre los valores que antecede, hemos mencionado que el especialista en ciencia política debe hacer profesión de fe a la veracidad de la ciencia. Otra decisión valorativa de la cual no puede escapar, se refiere a la selección de sus objetos de investigación. Debe es-

<sup>62</sup> Muy informativos son los temas de las tesis de doctorado en los Estados Unidos (véase RALPH K. HUITT (compilador): “Doctoral Dissertations in Political Science in American Universities”, en *The American Political Science Review*, Tomo 46, 1952, págs. 819-847).

<sup>63</sup> OTTO SUHR, en *Politische Erziehung und Bildung in Deutschland, Ein Bericht über die Konferenz von Waldleiningen*, 1949, pág. 53.

coger, porque no puede sencillamente investigarlo todo en forma enciclopédica. Ello lo demuestra ya una ojeada a las enciclopedias mismas. Así, por ejemplo, la *Enciclopedia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, en dos volúmenes, no contiene un solo artículo sobre el ejército, la policía y los campos de trabajos forzados. Y qué puede decirse de una obra como el *Diccionario político*, editado en 1928 por la Distribuidora Nacional Alemana, el cual, paradójicamente, contiene artículos exhaustivos sobre todos los demás partidos, pero ni una palabra sobre el Partido Popular Nacional Alemán; pero de cuya objetividad hemos de dudar seguramente al leer de los crímenes del "hoy diputado local social-demócrata por Berlín, el judío Reuter (también llamado Friesland)." <sup>64</sup> Pero aun las obras de conjunto serias, que pretenden ser objetivas, como la *Enciclopedia Británica* o la *Enciclopedia de las Ciencias Sociales* <sup>65</sup> demuestran tanto las posibilidades como también los límites de una selección relativamente objetiva y amplia. Y si se quiere profundizar más en los problemas políticos, se requiere naturalmente de investigaciones aisladas. Entonces, por supuesto, es aún menos posible el dejar de decidirse por un tema en contra de otros, debido a la limitación del tiempo, de la fuerza de trabajo y de los medios disponibles.

Puesto que la elección de un tema, es decir, la decisión sobre una orientación determinada de la investigación y, en parte también, de una metodología de la ciencia política, es tan inevitable como importante, queda por preguntar quién debe tomar esa decisión. Los gobiernos y las autoridades, los partidos y las asociaciones de intereses, los periódicos y las empresas, tratan hoy día ciertos temas políticos con o sin la ayuda de los especialistas en ciencia política. Es cierto que una gran parte de lo que realizan no es científico sino meramente propagandístico. Pero en ocasiones también estos elementos abordan los problemas políticos científicamente, aun cuando sólo sea para sus fines internos. Tal era ya el caso antaño, comenzando

<sup>64</sup> M. WEISS (ed.): *Politisches Handwörterbuch* (Führer-ABC), Berlín, 1928, pág. 790.

<sup>65</sup> La enciclopedia editada por E. R. A. Seligman, Alvin Johnson, Max Lerner y un equipo internacional de colaboradores, y publicado en los años 1930 a 1935 en Nueva York, es única por la riqueza de sus materiales y la diversidad de sus puntos de vista. Es de notarse también la posición crítica frente a las instituciones sociales y culturales dominantes de los Estados Unidos y, en general, del Occidente (véase, por ejemplo, los artículos sobre Colonial Administration, Company Towns, Forced Labor, Negro Problem, Peonage, para sólo citar algunos). Es más que dudoso si todavía existen, en la actualidad, en alguna parte del mundo, las condiciones para un tratamiento tan amplio y tan libre de prejuicios.

con los ensayos de *El Federalista*, cuyo propósito era el de justificar la ratificación de la nueva constitución norteamericana, hasta los trabajos del Partido Liberal o de los fabianos en Inglaterra, de los cuales estos últimos elaboraron científicamente el programa del régimen laboral de 1945. Tampoco se querrá impedir que un especialista de la ciencia política trabaje científicamente para una organización política, siempre y cuando aplique en su trabajo concienzudamente el método científico y se sienta responsable, ante la sociedad, como científico, ciudadano y hombre, de los resultados sociales de su actividad. El republicano Maquiavelo pudo tener la conciencia tranquila al ofrecer sus conocimientos a un príncipe absoluto, puesto que le parecía que solamente así podía alcanzarse su más elevado ideal de un fuerte Estado nacional italiano. Por el contrario, el antifascista Silone, en la actualidad, no pondría al servicio de un serio aspirante a dictador sus amplios conocimientos sobre la dictadura, porque para Silone la libertad y la dignidad humanas representan los valores más elevados. El hecho de que todavía en la actualidad muy pocos especialistas en ciencia política reconozcan todo el significado de la decisión acerca de quién investigará qué, demuestra cuán joven es aún nuestra disciplina.

Empero, la decisión acerca de los objetos de la investigación y de la enseñanza no puede dejarse exclusivamente a las fuerzas políticas y sociales. La ciencia política debe estar capacitada para determinar libremente, por su cuenta, el objeto de la investigación. Justamente en la época actual, de diferenciación y polarización de la vida política, podrán el investigador y profesor independientes ver algunos fenómenos políticos con más objetividad que los hermanos enemigos peleados a muerte. Deberá agregarse el mayor conocimiento técnico del especialista, quien podrá también ver las cosas en un marco más amplio y con una perspectiva mayor. Es una tautología afirmar que la investigación libre e independiente puede resistir más fácilmente las presiones de intereses egoístas y miopes. Pero es parte de la época el que cada vez sea más reducido el número de Montesquieus, que se pueden retirar a sus bibliotecas particulares, despreocupados por los problemas de ganarse el pan. Por eso urge tanto más el establecimiento de plazas independientes para investigadores y maestros, de escuelas superiores e institutos, bibliotecas y laboratorios, que se puedan plantear sus propias tareas de investigación. En tal situación, la consulta y la cooperación con los representantes de la praxis sólo puede tener resultados positivos, siempre que se encuentren para ello las formas adecuadas. Deberá cuidarse siempre de la plena libertad de investigación, enseñanza y aprendizaje. Aquí no basta una libertad e igual-

dad abstractas. Para referirnos a una frase conocida de Anatole France, es de muy poco valor la igualdad ante la ley que coloca en una misma posición a un instituto de investigación de la ciencia política que lleva una existencia de limosnero, y a un instituto de investigación atómica que dispone de millones.<sup>66</sup> Para que los institutos libres de hoy día puedan realizar algo distinto a lo de la época de Montesquieu o de Maquiavelo, se requiere medios adecuados. Por tanto, la ciencia política no tiene más remedio que seguir dependiendo de las fuentes financieras públicas y privadas —y sin embargo, no podrá evitar el dar constantes cabezazos a sus proveedores. Ya hemos señalado que aun en las democracias más progresistas y más abiertas, tiene que despojar a los poderes dominantes y a las instituciones sagradas de sus nimbos ideológicos.

La ciencia política se encuentra en una situación difícil no solamente con respecto a esto. Apenas sale de pañales y ya se le plantean tareas de cuya solución depende no sólo su propia existencia sino también, quizá, el futuro de nuestra civilización. La existencia de la ciencia política se vería amenazada por la victoria total del totalitarismo, la eternización del *statu quo* o hasta el surgimiento de una nueva “época obscurantista” como resultado de la decadencia de Occidente, en la misma forma en que, por ejemplo, la decadencia de la antigüedad destruyó los comienzos, en aquel entonces, de las ciencias naturales. Pese a Nietzsche y a Spengler, no sabemos todavía, sin embargo, si nuestra cultura efectivamente lleva en su seno el germen de la muerte. Hay ciertos indicios de que las fuerzas de la renovación y de la integración mantendrán la balanza, en la crisis que actualmente estamos viviendo. Si así fuera, es posible que la ciencia política, junto con las demás ciencias de la sociedad, pueda contribuir decisivamente a la salvación de nuestra civilización. El conocimiento profundizado de la política, que pretende difundir la ciencia política, sería, entonces, el factor que colocaría al “medio dinámico” en la posición en que pudiera ganar su lucha en contra del totalitarismo, del torpor reaccionario y de la decadencia. Todavía no sabemos hoy si nos encontramos realmente en una situación tan única. Pero de seguro constituye una tarea ur-

<sup>66</sup> El *New York Times* informó el 7 de diciembre de 1952, que de los 350 millones de dólares, que en el curso del año académico se habían gastado por las universidades y las escuelas superiores, para fines de investigación, el 90% se gastó para trabajos en el campo de las ciencias naturales y sólo el 10% en el campo de las ciencias sociales y del espíritu (*Facts on File*, 1952, pág. 399 D).

gente de la ciencia social el esclarecimiento de este problema. Y también para ello puede y debe contribuir con su parte la ciencia política.

Pero para aquel que se desanima frente a estas inseguridades y dificultades, desearíamos recordar algunas palabras del recién fallecido, noble filósofo y político, John Dewey: "No pronostico aquí el éxito de tal empresa... Nadie puede esperar una victoria rápida en la tarea más difícil que los corazones y las mentes humanas se hayan propuesto, pero los valientes podrán fortalecerse con el pensamiento de que por muy pequeño que sea el éxito de sus esfuerzos, habrán puesto en evidencia, mediante sus intentos, uno de los principios básicos de la metodología de investigación científica. Precisamente lo desesperado de la situación influye en estas personas como un estímulo para una continuación de su valiente actividad."<sup>67</sup>

<sup>67</sup> El artículo anterior es una ampliación de la conferencia original.